

## El tiempo ordinario

Cada año, cuando termina el tiempo de Navidad, después de Reyes y de la fiesta del Bautismo del Señor, parece que entramos en un tiempo frío, un poco vacío. Hasta que llegue la Cuaresma con el Miércoles de Ceniza las cosas no se volverán a animar, y volverá a parecer que nuestras celebraciones litúrgicas tienen más jugo, más consistencia, más contenido.

Y algo parecido pasa después de Pentecostés, cuando termina la cincuentena pascual. Los primeros domingos tienen aún un poco de ambiente, porque celebramos la Trinidad y el Corpus. Pero en seguida empieza una larguísima serie de domingos en los que la sensación es que no celebramos nada relevante, sino que, simplemente, estamos esperando que llegue nuevamente el Adviento para volver a encontrarle un poco de emoción a nuestras reuniones dominicales.

Y si miramos los días laborables, todavía más. Son días de ir tirando, de una cierta monotonía y rutina. Uno añora entonces quizás los mensajes fuertes de Adviento, o de Cuaresma, o de Pascua, y piensa que menos mal que estos días se animan de vez en cuando con la fiesta de algún santo...

## El tiempo que es como somos nosotros

De las 52 semanas que tiene el año, la mayoría, 33 o 34 según los años, pertenecen a este tiempo en el que “no pasa nada”. Es el tiempo que denominamos, con un nombre no demasiado estimulante, el “tiempo ordinario” o el “tiempo durante el año”.

Son las semanas o los domingos que no pertenecen a ninguno de los denominados “tiempos fuertes”: Adviento, Navidad, Cuaresma, Triduo Pascual y Pascua. Son los días en los que el color litúrgico es el verde, a no ser que se celebre algún santo, y en el que el punto de referencia de la celebración no son unas lecturas escogidas en función de un determinado aspecto de la historia de la salvación que estamos conmemorando, sino que son lecturas que van siguiendo, de forma más o menos continuada, los evangelios y los diversos libros bíblicos.

Y, efectivamente, podemos tener la sensación que son unas semanas, digámoslo así, “aburridas”. Pero ahí está precisamente su gracia. Porque este tiempo es precisamente el tiempo que más se parece a lo que somos nosotros.

Nosotros, en nuestra vida, habitualmente no tenemos grandes momentos estimulantes, ni nos pasan cada día cosas diferentes, nuevas, que nos hagan saltar el corazón. Habitualmente, somos gente que cada día va a trabajar, en una ocupación más o menos agradable o pesada, y que después volvemos a casa, y nos encontramos con la familia, y hablamos un poco, y dedicamos un rato a las tareas domésticas, y miramos la tele... Y, de vez en cuando, normalmente los fines de semana,

dedicamos tiempo a algunas actividades de ocio, o participamos en alguna actividad cristiana o ciudadana, o algún día vamos de excursión, o en verano a la playa... O tal vez no trabajamos fuera, sino que nos dedicamos a cuidar de la casa y de la familia, o tal vez estamos ya jubilados y llenamos los días descansando y haciendo alguna actividad... O tal vez vivimos solos, y nos hemos organizado las cosas y el tiempo lo mejor posible...

Nuestra vida, así, es un camino cotidiano sencillo, a veces más ilusionado y a veces más preocupado, pero que no espera que pasen grandes cosas. Y no por eso pensamos que esta vida valga poco. Nosotros sabemos que, en esta vida sencilla, podemos encontrar el gozo, la esperanza, las ganas de avanzar, el deseo de sacar lo máximo posible de lo que somos y de lo que hacemos. Y que, este camino, lo hacemos acompañados de Jesús, llamados por él, llenos de él. Porque él está con nosotros, y él nos empuja a vivirlo todo tal como él nos enseñó a vivir: poniendo amor a nuestro alrededor, en las pequeñas ocasiones y en los momentos más importantes, con los pequeños detalles de la vida personal y con las actuaciones más colectivas. Y cada uno hará realidad esto de maneras distintas, según sus propias circunstancias, pero la invitación y la llamada serán siempre las mismas para todos.

Así pues, si esto es así, si nuestra vida es así de normal, la presencia de Jesús en la Eucaristía, en el tiempo ordinario, es normal como lo es nuestra vida. Durante este tiempo, vamos a la iglesia, y escuchamos con sencillez el evangelio y las otras lecturas, y rezamos, y compartimos el pan de la Eucaristía. Y esto, estas lecturas que van siguiendo página tras página el evan-

gelio, y esta oración, y este pan y este vino que nos alimentan, si estamos atentos, nos van llenando poco a poco, van penetrando dentro de lo que somos y de lo que hacemos, y nos van haciendo semejantes a Jesús. Y esto, tanto si solo participamos de la Eucaristía del domingo como si tenemos la posibilidad de participar en ella cada día.

Sí, habrá momentos del año, en Adviento o en Navidad o en Cuaresma o en Pascua, en los que las celebraciones litúrgicas serán como si eleváramos el tono y nos animáramos de una manera especial en determinados sentimientos y vivencias de nuestra fe, acercándonos a los acontecimientos centrales de la vida de Jesús. Pero el seguimiento de este tiempo en el que “no pasa nada”, actúa en nosotros, si estamos dispuestos a ello, como una fina lluvia, silenciosa, que va acercando nuestra vida cotidiana a la vida cotidiana de Jesús.

### **Un tiempo en dos partes**

Para conocer mejor cómo está organizado el tiempo ordinario, es preciso empezar señalando una característica ya muy conocida y que hemos mencionado al principio: que no es un tiempo seguido, sino que está dividido en dos trozos, en dos etapas.

La primera va desde el final del tiempo de Navidad, el lunes después de la fiesta del Bautismo del Señor, hasta el día antes de empezar la Cuaresma, es decir, el martes antes del Miércoles de Ceniza. Y la segunda va desde el final del tiempo de Pascua, o sea el lunes después de Pentecostés, hasta el sábado antes del primer domingo de Adviento.

La primera de estas etapas es, efectivamente, mucho más corta que la segunda. La primera puede tener entre cinco y nueve semanas, según si la Pascua viene muy adelantada o no (lo que implica que Cuaresma empiece más pronto o más tarde). Y la segunda puede tener entre veinticinco y veintinueve semanas: si la Pascua cae más pronto serán más, y si cae más tarde serán menos.

Sin embargo, las lecturas tanto de los domingos como de los días laborables, están organizadas de forma seguida, de la primera semana hasta la treinta y cuatro, y esto provoca una cierta confusión, ya que el enlace entre la última semana antes de Cuaresma y la primera después de Pentecostés no es automático: por ejemplo, siempre se pierden unos días antes de Cuaresma, ya que la semana termina el martes, porque la Cuaresma empieza el Miércoles de Ceniza. Y los domingos todavía es más complicado, ya que, por ejemplo, la primera semana el domingo está ocupado por la fiesta del Bautismo de Señor, y así también pasa con Pentecostés y los domingos siguientes... Pero no es necesario complicarse la vida haciendo cálculos: lo mejor es tener un calendario litúrgico con el que saber cómo caen los días correspondientes, e ir siguiendo y viviendo toda la riqueza que nos aportan. O, simplemente, seguir la publicación ya mencionada de *La misa de cada día*, que nos va indicando lo que celebramos cada día.

### **Las lecturas de los domingos**

Las lecturas de los domingos del tiempo ordinario tienen como punto de referencia básico —como ocurre también en todos los demás tiempos litúrgicos— la tercera lectura, la del evangelio. Pero, así como en los

otros tiempos la lectura evangélica está seleccionada para destacar lo que se celebra en ese tiempo, en el tiempo ordinario no es así. En el tiempo ordinario lo que hacemos es leer, de manera seguida, continuada, el evangelio correspondiente a este ciclo: el de Mateo, el de Marcos o el de Lucas. En esta lectura continuada a veces se saltan trozos, para no repetir escenas que ya salen en otros años o porque esos relatos se leen en un tiempo litúrgico específico (como las tentaciones o la transfiguración, que se leen en Cuaresma). Y, en el caso del evangelio de Marcos, que es muy corto, se intercalan además durante algunos domingos los fragmentos del capítulo sexto del evangelio de Juan. Pero, sea como sea, con esta lectura prácticamente continua, lo importante es ir siguiendo la lectura evangélica tal cual, tal como nos viene, sin seleccionar textos en función de lo que celebramos: porque, así, nos acercamos a Jesús siguiendo directamente aquellos primeros testigos que son el punto de referencia de nuestra fe.

Además de la lectura evangélica, los domingos, como es bien sabido, leemos dos lecturas más. La primera lectura, en el tiempo ordinario, está seleccionada en función del evangelio. En los otros tiempos litúrgicos, la primera lectura nos presenta temas que nos ayudan a profundizar en el sentido del tiempo. En el tiempo ordinario, en cambio, no es así: la lectura nos presenta alguna historia o enseñanza que tenga relación con lo que después escucharemos en el evangelio, aunque a veces, como es lo primero que se lee y no estamos todavía situados, cuesta un poco de captar.

Y finalmente, la segunda lectura es una selección más o menos seguida de las cartas de san Pablo o de los otros

escritos apostólicos, que no tienen relación concreta con el evangelio ni con la primera lectura.

### **Las lecturas de los días laborables**

Los días laborables o feriales, la lectura evangélica del tiempo ordinario es una lectura que cada año se repite igual, y que sigue, de manera continuada, uno tras otro, los tres evangelios de Marcos, Mateo y Lucas. Así como en las lecturas de los domingos cada año seguimos a un evangelista, los días laborables, que son muchos más, nos permiten leer cada año los tres evangelios. El evangelio de Juan, como ya hemos indicados en los lugares correspondientes, se lee sobre todo durante Cuaresma y Pascua.

Y en lo que se refiere a la primera lectura, con el fin de poder leer más ampliamente todos los otros textos bíblicos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, la distribución de lecturas se hace en dos años, los denominados año I y año II, que corresponden respectivamente a los años impares y a los años pares. A lo largo de los dos años, vamos siguiendo los distintos libros bíblicos, con una selección de los textos principales, y sin que tengan relación con la lectura evangélica.

### **Las solemnidades del Señor en el tiempo ordinario**

Finalmente, para completar la presentación del tiempo ordinario, debemos mencionar que durante este tiempo se celebran cuatro solemnidades del Señor que, aunque de origen muy tardío, han arraigado profundamente en el calendario cristiano.

Las dos primeras son de origen medieval. Se trata de la solemnidad de la Santísima Trinidad, que se celebra el domingo después de Pentecostés, y la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, el Corpus, que se celebra el jueves después de la Trinidad o, si ese jueves no es festivo, el domingo siguiente.

La tercera es la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, que se implantó en toda la Iglesia en el siglo XIX, y que se celebra el viernes después del segundo domingo después de Pentecostés.

Y finalmente la solemnidad más reciente es la de Jesucristo, Rey del Universo, conocida como la solemnidad de Cristo Rey, nacida el año 1925 y que actualmente se celebra como conclusión del tiempo ordinario, el domingo 34, justo antes de empezar el Adviento.

Son solemnidades que resaltan la devoción a aspectos o realidades importantes de la fe cristiana, que ya están presentes a lo largo de los tiempos litúrgicos pero que, en determinados momentos concretos de la historia, se les quiso dar un especial relieve.